

LA OBRA NATURALISTA DE DIEGO DE ROSALES: UN
ANTICIPO BARROCO A LA DISPUTA SOBRE EL NUEVO
MUNDO

*DIEGO DE ROSALES'S NATURAL HISTORY: A BAROQUE
FORERUNNER OF THE DISPUTE OF THE NEW WORLD*

Andrés I. Prieto
Spanish and Portuguese Department
University of Colorado Boulder

RESUMEN

La *Historia general del Reyno de Chile, Flandes indiano* (1673) de Diego de Rosales no es sólo la obra histórica más importante del XVII chileno, sino también la historia natural de Chile más completa hasta el siglo XVIII. En este ensayo, explico la inclusión de esta descripción de la flora y fauna chilenas en una obra dedicada a la historia militar y eclesiástica, por su utilidad para refutar las tesis sobre la inferioridad americana expresadas por Juan de la Puente en su *Conveniencia de las dos monarquías* (1612). La detallada descripción de la naturaleza chilena de Rosales demostraba que los seres humanos encontraban un ambiente perfecto para su desarrollo en Chile. La inferioridad de los habitantes de América quedaba negada por la fuerza física de los mapuches, para quienes Rosales teorizó un origen en los antiguos iberos precristianos. Es a través de este afán polemicista que Rosales anticipó en varios aspectos la defensa de América y de su gente que los jesuitas desplegarían un siglo después en Europa, cuando se enfrentaran a Raynal, Buffon y De Paw en lo que se ha llamado la “disputa sobre el Nuevo Mundo”, la que fue clave para el surgimiento de una retórica patriótica entre los criollos.

PALABRAS CLAVE: Diego de Rosales; Jesuitas; Chile; historia natural; Disputa sobre el Nuevo Mundo.

ABSTRACT

The *Historia general del Reyno de Chile, Flandes Indiano* (1673), by the Jesuit Diego de Rosales, is not just the most important historical work written in Chile during the seventeenth century. It is also the most complete natural history of Chile written until the late eighteenth century. In this essay, I explain the inclusion of such a detailed account of Chilean flora and fauna in a work mostly devoted to military

and ecclesiastical history as a refutation of Juan de la Puente's thesis on the inferiority of the Americas advanced in his *Conveniencia de las dos monarquías* (1612). Rosales' detailed description of Chilean nature was tailored to prove that human beings found a perfect environment for their development in Chile. The inferiority of the American people was negated by the physical prowess of the Mapuche, for whom Rosales theorized an origin in the pre-Christian Iberian people. It is through this polemic that Rosales anticipated, by almost a century, several of the arguments that the Jesuits would deploy in Europe against Raynal, Buffon, and De Paw during the so-called "Dispute of the New World." This dispute, and the arguments put forth by the Jesuits, was instrumental for the emergence of a patriotic rhetoric among the *Criollos*.

KEY WORDS: *Diego de Rosales; Jesuits; Chile; natural history; Dispute of the New World.*

Recibido: 23 de agosto de 2016.

Aceptado: 23 de septiembre de 2016.

1. INTRODUCCIÓN

La *Historia general del Reino de Chile, Flandes indiano* (1673) del jesuita Diego de Rosales es, sin duda, la obra histórica más importante del XVII chileno; y esto no solo por la riqueza de información que nos ofrece sobre el primer siglo y medio de la presencia española en lo que hoy es Chile. La obra de Rosales es también la más completa historia natural chilena escrita hasta el siglo XVIII y una fuente invaluable de información sobre etnobotánica y farmacopea colonial (Citarella 265-66 y 394-408; Gumucio 16-7). Lo exhaustivo de la descripción de la flora y fauna chilenas realizada por Rosales queda de manifiesto al compararla con la que realizó algunas décadas antes su correligionario, Alonso de Ovalle: frente a las decenas de plantas y hierbas medicinales descritas por Rosales, el jesuita criollo tan solo se limitó a cuatro. Pero más que el número de especies descritas, lo que llama la atención al leer los capítulos que Rosales le dedicó a la naturaleza chilena es, sobre todo, su modernidad. En efecto, aunque el texto de Ovalle fue publicado en 1646, Rosales no hace mención alguna a las espectaculares maravillas prevalentes en la *Histórica relación* ovallina, como el árbol en forma de crucifijo hallado en Limache o el monstruo que habría salido del volcán Aliante en 1640, cuya presencia e interpretación eran centrales en la narrativa histórica de Ovalle¹.

La modernidad del tratamiento de la historia natural por parte de Rosales se vuelve aun más evidente si la comparamos con los textos producidos por sus contemporáneos en Europa. El énfasis en las maravillas, monstruos y otras singularidades de la naturaleza era una característica común en las historias naturales de la edad moderna

¹ He tratado el tema de las maravillas en Ovalle en otro artículo ("Maravillas..."); véase también Adorno (196-98) y Fischer.

temprana². Los portentos eran usados como una herramienta heurística para obtener acceso a un conocimiento trascendente sobre el mundo físico y natural, una aproximación a la filosofía natural a la cual los jesuitas a ambos lados del Atlántico se sentían bastante inclinados (Ashworth 157, Findlen 92). Esto no significa que las maravillas estén totalmente excluidas de la *Historia general* de Rosales. Curiosidades naturales como las piedras que traían en su superficie cruces de proporciones perfectas, o el pez cuyo cráneo mostraba los implementos de la pasión de Cristo (*Historia* 214 y 209), abundan en su descripción de la naturaleza chilena. Pero su función en el conjunto de la obra es marginal: a diferencia de muchos de sus contemporáneos, Rosales no veía en estas curiosidades los caracteres y símbolos con los que Dios habría escrito el libro de la naturaleza.

La ausencia en la obra de Rosales de maravillas que revelaran la voluntad divina, tan propias de la ciencia barroca, exige una explicación, en particular si se considera lo extenso de su tratamiento de las especies vegetales y animales chilenas. Aunque la inclusión de capítulos describiendo la naturaleza y geografía del lugar donde se desarrollaban las acciones era habitual entre los historiadores tempranomodernos, que los colocaban al comienzo de sus obras con el fin de ayudar al lector a imaginar los eventos narrados, el celo naturalista de Rosales sobrepasaba con mucho las necesidades retóricas de una historia civil y eclesiástica. Los veinticuatro capítulos que Rosales le dedicó a la naturaleza chilena incluyen la descripción de más de un centenar de especies de árboles, plantas y hierbas y de casi cincuenta especies de pájaros, animales y peces. En estas páginas intentaré dar cuenta de estas particularidades de la obra de Rosales. Mi explicación será doble. Por un lado, la abundancia descriptiva de la *Historia*, sobre todo de plantas medicinales, está ligada al contexto misionero en que se desarrolló la carrera del jesuita español, como detallaré en la primera parte de este ensayo. En la segunda parte, intentaré explicar la modernidad con que Rosales encara estas descripciones, evitando incluir las maravillas a las que sus contemporáneos eran aficionados, y, particularmente, rechazando establecer lecturas alegóricas o trascendentales de las que sí incluye. Aun cuando una inclinación personal podría justificar este aspecto, me parece que la clave reside en un afán polémico por parte de Rosales, afán hasta hoy no señalado por la crítica: su modernidad puede entenderse a partir de su refutación a las tesis sobre la inferioridad americana expresadas por el dominico

² Según Stephen Greenblatt, el asombro en tanto estado psicológico producido por lo maravilloso era una de las piedras angulares del sistema de representación característico de la edad media tardía y del renacimiento (19, 22-23); véase también Caroline Walker Bynum. La historia más completa de las actitudes culturales e intelectuales hacia la maravilla y el portento desde la edad media hasta la Ilustración es la de Lorraine Daston y Katherine Parker; para la imposibilidad de ignorar los portentos en el siglo XVII, véase 219.

Juan de la Puente en su *Conveniencia de las dos monarquías* (1612). De la Puente consideraba que la influencia del suelo y de las constelaciones en América debilitaba y afeminaba a todas las especies provenientes del Viejo Mundo, incluidos a los seres humanos. Rosales reaccionó enérgicamente contra lo que consideraba aseveraciones injuriosas por parte de De la Puente. Como veremos, su escrupulosa descripción de la riqueza y variedad de la naturaleza chilena se orientaban a demostrar que los seres humanos podían encontrar un ambiente perfecto para su desarrollo y felicidad en Chile. La inferioridad de los habitantes de América quedaba negada, en el caso chileno, por la fuerza y potencia física de los mapuches, para quienes Rosales, en su esfuerzo por refutar a De la Puente, teorizó un origen en antiguos iberos precristianos, que habrían migrado desde Europa para poblar el sur de Chile.

Aunque las tesis sobre la inferioridad de la naturaleza americana no eran infrecuentes en el siglo XVII, no sería sino hasta casi un siglo después de que Rosales rebatiera a De la Puente que estas ideas provocarían una reacción de parte de los jesuitas americanos, reacción que hace ya varias décadas Antonello Gerbi bautizó como “la disputa sobre el Nuevo Mundo”. Reaccionando a la publicación de las *Recherches philosophiques sur les Américains* de Cornelius de Paw (1768-69), los jesuitas americanos exiliados en Europa reaccionaron publicando una serie de historias naturales, civiles y eclesiásticas de sus respectivas patrias, defendiéndolas de las acusaciones infundadas de De Paw y Buffon, para quienes América solo podía producir ejemplares inferiores en tamaño y características morales (en el caso de los humanos) que los del Viejo Mundo. La disputa sobre el Nuevo Mundo ha sido fundamental para ciertas lecturas sobre el surgimiento de una conciencia y una retórica patriótica entre los criollos que desembocó en las rebeliones de independencia de la década de 1810 a 1820 en toda América (cf. Brading; también Cañizares-Esguerra, *How to Write*). En otro lugar he hablado sobre la reacción jesuita a estas teorías, incluyendo la del chileno Juan Ignacio de Molina, lector, por cierto, de Rosales (*Missionary...* y “Jesuit Tradition”). En lo que sigue, espero mostrar cómo Rosales anticipó en varios aspectos la defensa de América y de su gente que los jesuitas desplegarían un siglo después en Europa.

II. UNA BOTÁNICA MISIONERA

Diego de Rosales parece haber comenzado a trabajar en su *Historia general* poco después de 1633, tras recibir un encargo del Gobernador Francisco Lazo de la Vega de componer una historia militar y eclesiástica de la gobernación. Para esto, Lazo de la Vega puso a disposición de Rosales toda la documentación pertinente, la que el jesuita español complementó con los archivos de su propia orden, así como reportes e informes de parte de soldados y misioneros. Sabemos que Rosales tenía lista una primera versión de su obra para 1658, la que continuó trabajando hasta 1673, fecha de

la versión que ha llegado hasta nosotros³. La *Historia general* es, entonces, el resultado visible de la colaboración entre varios misioneros jesuitas desde 1594 hasta 1673: una síntesis de la información y el conocimiento sobre la tierra reunidos por diferentes individuos durante casi ocho décadas de contacto con el pueblo mapuche. A toda esta información, Rosales añadió una cuota importante de conocimiento de primera mano de la naturaleza chilena, conocimiento ganado en las casi dos décadas que dedicó a la actividad misionera en Arauco y Buena Esperanza.

Como muchos otros misioneros jesuitas a lo largo de Sudamérica, Rosales llevaba consigo instrumentos y libros científicos de misión en misión. Su compañero Nicolás de Lillo notaba que, además de predicar, enseñar y administrar los sacramentos a los indígenas y soldados de los fuertes, Rosales se dedicó con tanto afán a estudiar la naturaleza chilena, que no quedó “ysla en su piélago, pedernal en sus sierras, ni árbol en sus bosques, yerba o flor en sus prados, ni arroyo o río en sus valles, que no haya rejistrado su curiosidad” (*Historia* vol. 1, lxiii). Aunque los elogios de De Lillo al celo naturalista de Rosales son claramente hiperbólicos, la *Historia general* sí demuestra una honda familiaridad con las plantas y animales chilenos. La mayor parte de la información recopilada por Rosales viene de su propia experiencia, complementada con informes orales y escritos, que él cotejó cuidadosamente con la literatura naturalista europea. Así, por ejemplo, Rosales se esforzó en identificar a las especies de peces chilenos con aquellas descritas por Conrad Gesner en su *Historia animalium* (1551-58) (vol.1, 298-99). Del mismo modo, Rosales intentó, cada vez que pudo, identificar las plantas chilenas con las especies mediterráneas descritas por el médico griego Dioscórides, probablemente utilizando la edición comentada de su materia médica publicada por Andrés Laguna en 1555 (223, 234 y 239).

Quizás los mejores ejemplos del origen misionero de la información sobre la naturaleza chilena recopilada por Rosales vengan de su amplia descripción de la flora del sur de Chile. Aunque Rosales incluyó un buen número de árboles y otras plantas notables ya fuera por su belleza o por la calidad de su madera, la mayor parte de los

³ En una carta fechada en 1658 y dirigida a Alonso de Villalona, procurador general jesuita en España, Rosales se lamentaba por haber enviado su manuscrito a España con otro jesuita: “Y la moxô y la manchô y perdio algunos quadernos, y me la voluio assi. Y lo peor fue q me gastô casi dos mil pesos, q tenia en poder del P[adre] Fran[cisco] de Florencia en Sebilla para la impresion” (“Carta”, ANS Fondo Jesuitas 93, folio 94v). No sabemos nada más de esta primera versión de la *Historia*, excepto que para 1658 Rosales la estaba reescribiendo y buscaba fondos para poder publicarla. Rosales siguió trabajando en su libro el resto de su vida. El único manuscrito existente hoy de la *Historia general* está firmado en 1673, y viene acompañado por las aprobaciones de autoridades civiles y religiosas del reino, muchas de las cuales datan de 1665 y 1666, sugiriendo así una constante revisión por parte del autor de su texto, al que le fue incorporando nuevos datos e información casi hasta su muerte.

cuatro capítulos que le dedicó a la botánica se concentraba en plantas medicinales. Parece probable que una buena parte de esta información proviniera de informantes nativos, dado el uso casi exclusivo de nombres mapuches que Rosales le dio a estas plantas. Rosales, además, destacó el origen indígena de la información etnobotánica que estaba presentando. Estos cuatro capítulos contienen varias anécdotas e historias que ilustran el modo en que este conocimiento se transmitió a los soldados y sacerdotes españoles. Así, por ejemplo, Rosales cuenta cómo, en 1643, una patrulla española entró en las tierras del *lonko* Maquegua, al que derrotaron solo después de una reñida escaramuza. Un soldado mapuche, Lienguenu, fue dejado por muerto en el campo de batalla y permaneció ahí por casi tres días, hasta que una partida de mapuches fue a recuperar su cuerpo. Lienguenu fue llevado a la casa de Guaiquillanca, donde se dieron cuenta de que aún estaba con vida. Guaiquillanca tomó la corteza de un árbol, la patagua, la hirvió con raíces de chépica y aplicó el jarabe así obtenido a las heridas de Lienguenu por espacio de cuatro días, salvándole la vida. Una vez recuperado, Lienguenu fue al fuerte español más cercano a intentar recuperar a su esposa, que había sido capturada en la maloca. A cambio de su mujer, los soldados exigieron que Lienguenu les revelara el secreto de su cuasi milagrosa recuperación. Los jesuitas en el fuerte de inmediato intentaron comprobar experimentalmente las propiedades de la patagua:

En comprobación de esta admirable virtud se a hecho experiencia echando en un vaso con veneno, el zumo de esta cáscara y luego se ha visto hervir con notable inquietud el veneno y no parar hasta salir a borbotones del vaso, y hasta que convierte en espuma todo el veneno y no queda rastro dél está hirviendo el zumo, i en aviéndoles expelido, se sosiega y apaga sus hervores (*Historia* vol. 1, 226).

Rosales consideraba a los mapuches como “grandes erbolarios” [sic], cuyo conocimiento de las propiedades medicinales de las plantas sobrepasaba largamente a la farmacopea europea. Según él, describir todas las plantas usadas en la medicina mapuche requeriría de un nuevo Dioscórides, y aunque el catálogo de plantas de Rosales es la lista más completa de medicina vernacular colonial que tenemos, Rosales estaba consciente de que esta lista estaba lejos de ser exhaustiva (vol. 1, 232 y 250). A pesar de los casos en que la información etnobotánica era ofrecida *quid pro quo* por los propios mapuches, como en el caso de Lienguenu, la adquisición de esta información era a menudo difícil, en no menor medida por la oposición presentada por los *machis* a la diseminación de este conocimiento. Como había señalado algunas décadas antes Ovalle, aunque las plantas chilenas presentaban una enorme variedad de usos medicinales, las *machis* mantenían en secreto su uso, ocultándolo particularmente de los españoles (Ovalle 5-6). No puede sorprender, entonces, que Rosales no mencionara ni una sola vez que el conocimiento etnobotánico perteneciera a las y los *machis*; de hecho, los acusó de no ser nada más que asesinos que usaban su conocimiento de las plantas para hacer daño a sus enemigos y así crear, para su propio provecho, ciclos inacabables de venganzas mutuas entre las

comunidades (Rosales, *Historia* vol. 1, 169). Rosales negaba que los *machis* tuvieran conocimiento médico alguno. Como les advirtió a sus lectores al describir un ritual en el que los órganos internos de una persona eran removidos del cuerpo por el *machi* para después volver a colocarlos en su lugar, los “hechizeros y médicos [...] curan por arte del diablo” (vol. 1, 168). Rosales no era un recopilador neutral de la farmacopea mapuche; su trabajo estaba guiado por las asunciones y valores culturales que veían en el uso ritual de las plantas un uso ilícito que debía cristianizarse e incorporarse a la teoría medicinal europea antes de poder ser utilizado efectivamente en el tratamiento de dolencias⁴. Los cuatro capítulos que Rosales le dedicó a las plantas chilenas se leen, de hecho, más como un catálogo de remedios que como un tratado de botánica o de historia natural propiamente tal. La mayoría de sus descripciones se concentran en las propiedades curativas de las plantas, indicando sus estructuras más características para facilitar su identificación, junto a sus complejones y virtudes de acuerdo a la teoría humoral aún aceptada por las universidades españolas de la época, y el modo de utilizarlas, con particular atención a la preparación y las dosis indicadas para distintas afecciones. Aunque ningún manual de plantas medicinales proveniente de las misiones jesuitas chilenas ha sobrevivido (como sí ocurrió en Paraguay, por ejemplo), la descripción de Rosales de la flora chilena era, sin duda, una transcripción y síntesis del conocimiento médico obtenido por misioneros, soldados y colonos que trabajaban y vivían en la frontera entre españoles y mapuches.

3. EN DEFENSA DE AMÉRICA: EL ORIGEN ESPAÑOL DE LOS MAPUCHES

El énfasis de Rosales en los usos medicinales de las plantas chilenas puede entenderse por el contexto en que esta información era obtenida: como la historia de Lienguenu sugiere, la transmisión de información etnobotánica se realizaba principalmente en los alrededores de los fuertes españoles. Dado este contexto militar, no es de extrañar que la mayor parte de los remedios nativos descritos por Rosales estuvieran destinados a curar heridas y traumatismos. Sin embargo, como señalé más arriba, es necesario considerar también el carácter de respuesta a las aseveraciones de Juan de la Puente sobre la inferioridad de la naturaleza americana si queremos lograr una comprensión cabal de la obra naturalista de Rosales. Como veremos, la demostración de que la naturaleza chilena ofrecía no solo los medios de sustentar el cuerpo, sino también de sanarlo y permitirle así el desarrollo de una larga vida, eran centrales para el argumento que Rosales desarrolló en contra de las teorías del dominico español.

En su tratado *Conveniencia de las dos monarquías católicas, la espiritual de la Iglesia Romana y la temporal de España* (1612), De la Puente señalaba que en

⁴ He tratado este tema más ampliamente, estudiando el caso de los misioneros jesuitas en el Paraguay, en “From the Devil’s”.

América vivían tantos españoles y descendientes de españoles, que con todos ellos podría poblarse una segunda España, aunque añadiendo “no se si tan valerosa”. De la Puente afirmaba esto pues, según él, “el suelo y cielo de la America no es tan bueno para hombres, como para yeruas y metales, aunque sean de decendencia de España. El buen trigo suele bastardear en la ryun tierra y de candial se haze centeno” (21). La explicación era simple: “Influye el cielo de la America, inconstancia, lascivia, y mentira: vicios propios de los Indios, y la constelacion los hara propios de los Españoles que alla se criaren y nacieren” (363).

La noción de que la naturaleza americana resultaba perjudicial para los seres humanos había estado ganando en popularidad entre los escritores europeos durante el siglo XVII. Como Jorge Cañizares-Esguerra ha demostrado, la descripción tradicional que los europeos habían hecho de los indígenas americanos como una raza flemática, inconstante y perezosa, inclinada a la embriaguez y la lascivia, pronto dio paso a una visión negativa del temperamento y cualidades de la tierra como una forma de explicar los supuestos vicios e indolencia de sus habitantes (*Nature* 64-5). Pero incluso en este contexto, las opiniones de De la Puente resultaban inusitadamente extremas, al punto de que casi cien años después de Rosales, algunos naturalistas jesuitas aún se sentían obligados a rebatirlas. Así, por ejemplo, en 1752 el jesuita español Pedro Murillo Velarde, quien había pasado algunos años trabajando en México, publicó su monumental *Geographía histórica*, una vasta descripción del mundo en diez volúmenes. Aunque Murillo Velarde tenía una opinión pobrísima de los indígenas americanos, a quienes consideraba una raza bárbara e inculta, compuesta por individuos infantiles y rústicos, naturalmente dispuestos a la mentira y extremadamente flojos, de todos modos atacó las opiniones de De la Puente, a quien citó en extenso con el fin de desmontar sus argumentos (vol. 9, 37-38, 45, 48-49). Para Murillo Velarde, admitir las opiniones de De la Puente equivalía a difamar a los criollos, entre quienes él había visto y escuchado de algunos notables en letras, armas, juicio, prudencia y virtud (vol. 9, 49). De hecho, según Murillo Velarde, los criollos eran gente inteligente y de buena disposición, mejor dotados para las tareas administrativas que sus colegas españoles (vol. 9, 50).

Rosales no tenía una opinión tan baja de los nativos chilenos como Murillo Velarde de los mexicanos. Como todos los misioneros europeos, Rosales consideraba a los mapuches como un pueblo fiero y cruel con sus enemigos, y manifestaba frustración con lo que él consideraba una tendencia a la borrachera y una contumaz negativa a abandonar la poligamia y a aceptar el cristianismo. Pero al mismo tiempo Rosales admiraba el poderío físico de los guerreros mapuches y su organización política. Los mapuches, aunque carecían de un jefe de gobierno al estilo de las monarquías europeas, tenían, en cambio, “mucho de lo que llaman los políticos *Democracia*, que es un gobierno popular que llaman *imperium populare*, pues para cualquiera cosa de importancia se juntan todos, y principalmente los caciques, y convienen en lo que han de hazer” (*Historia* vol. 1, 177). De acuerdo a Rosales, estas prácticas políticas eran

una refutación del carácter de behetrías, o bandas sin organización aparente alguna, que muchos españoles les atribuían a los mapuches. La democracia, les recordaba Rosales a sus lectores, tenía una larga y distinguida genealogía, pues había sido primero instituida por los hebreos en tiempos bíblicos y replicada después por los atenienses: “Y assí se gobiernan todas las repúblicas [...] como los venecianos, holandeses y aun otras que tiene rey y cabeza, como los ingleses por el Parlamento, donde se juntan nobles y plebeyos. Assí estos indios tienen sus parlamentos y juntas para su gobierno” (vol. 1, 177). Muchas características del gobierno mapuche le recordaban a Rosales costumbres griegas y romanas. Por ejemplo, los *toquis* eran comparables a los generales romanos tanto en sus emblemas como en los poderes judiciales que ambos tenían. El *boquibuy*, un especialista religioso, le parecía comparable a los *fetialis*, la clase sacerdotal introducida entre los romanos por Numa Pompilio, particularmente en su función ritual de inaugurar los actos de guerra (vol. 1, 178). De hecho, Rosales consideraba plausible que los indígenas chilenos hubiesen tomado estas y otras costumbres, como algunos aspectos de sus ritos fúnebres, directamente de los griegos y los romanos (vol. 1, 179).

Aunque parezca sorprendente, esta hipótesis de un origen europeo para algunos aspectos de la cultura mapuche no era más que el corolario lógico de las teorías de Rosales sobre los orígenes de los mapuches. Rosales reconocía que no había consenso entre los distintos autores acerca del modo en que América había sido poblada tras el diluvio universal. Aunque Rosales admitía que la solución más aceptada era la propuesta por José de Acosta, según la cual la migración animal y humana que pobló el continente se habría efectuado a través de un puente terrestre que conectaría Asia con América (Acosta 109), también recalcó que otras hipótesis (como la migración de las tribus perdidas de Israel, o una migración desde el norte de Europa desde Groenlandia hasta Labrador) podían ser igualmente válidas. “En punto tan difícil e incierto se puede pensar que, siendo tan dilatadas estas regiones de la América, no solo una nación, ni por un camino, sino por muchos y por diversas partes vinieron a poblarla” (Rosales, *Historia* vol. 1, 10). Diferentes pueblos tenían probablemente diferentes orígenes. Siguiendo la opinión de Gonzalo Fernández de Oviedo (quien en 1535 había especulado sobre un origen español para los indígenas americanos, basado en la falsificación de Beroso hecha por Giovanni Nanni da Viterbo en 1498), era claro para Rosales que los mapuches eran descendientes directos de los antiguos habitantes de la península ibérica: “Son pues estos Indios Chilenos originarios, según parece, de los Españoles, que de las islas Hespérides pasaron al Brasil, y de allí se extendieron y poblaron estas Provincias” (vol. 1, 11).

Rosales tuvo cuidado de no mencionar que esta teoría se derivaba del pseudo-Beroso, cuya falsificación por parte de Nanni da Viterbo era conocida desde el siglo XVI. En su lugar, buscó apoyo para esta teoría en autoridades españolas, como Bernardo de Alderete, Gregorio García, Alfonso de Madrigal (el Tostado) y Fernández de Oviedo (*Historia* vol. 1, 12). Pero la principal razón por la que Rosales recurrió

a una teoría desacreditada acerca del pasado ibérico y el supuesto (y sorprendente) origen hispánico de los mapuches, era su rechazo a las opiniones de De la Puente. Conviene destacar aquí que Rosales nunca negó la validez de la teoría de Acosta, la que gozaba de muchísima más aceptación que el seudo-Beroso. Rosales creía que tan solo algunos grupos indígenas (los mapuches y los indígenas brasileños, aunque estos últimos únicamente por mantener la coherencia interna de su teoría) podían trazar su ascendencia hasta los iberos precristianos. Rosales, de hecho, le dio a la teoría de Fernández de Oviedo un giro racial. Si para Oviedo los orígenes ibéricos de los pobladores del Nuevo Mundo implicaban una demostración definitiva de los derechos de Carlos V como señor natural de las tierras y gentes que habitaban el nuevo continente (Fernández de Oviedo vol. 1, 17-20), para Rosales también significaba la continuidad racial entre españoles y mapuches. Lo que él consideraba costumbres bárbaras de los mapuches podían ser explicadas por el hecho de que, al momento de emprender el viaje transatlántico, “No eran entonces los Españoles tan cultos y políticos como ahora, sino que summamente eran rústicos, grosseros y feroces en la guerra, y assí heredaron estas costumbres sus descendientes” (*Historia* vol. 1, 15). El desarrollo cultural de los mapuches se habría detenido por su falta de contacto con Europa; su lenguaje había cambiado con el tiempo. Pero su naturaleza seguía siendo ibérica. Incluso el color de su piel era accidental, debido a la constante exposición al sol o a su costumbre de pintarse el cuerpo con grasa de caballo: “Y en la parte de Chile que tiene de tierra fría, ay indios blancos. Y en los Chonos los he visto tan blancos que parecen Españoles. Y assí mismo junto al Estrecho de Magallanes los ay con barbas y blancos, que si se vistiessen en traje de Español los juzgaran todos [españoles]” (vol. 1, 16). El hecho de que algunas enfermedades parecieran ensañarse más con los indígenas que con los españoles y criollos no implicaba necesariamente una diferencia radical entre los cuerpos europeos y los cuerpos mapuches. Como la Biblia demostraba, las epidemias eran uno de los modos en que se ejecutaba la justicia divina y, para Rosales, “Basta su [de los mapuches] resistencia a la fe para que les embie Dios estos castigos” (vol. 1, 191).

Para Rosales, entonces, los cuerpos indígenas eran esencialmente idénticos a los cuerpos europeos, y sus diferencias meramente accidentales. Culturalmente, los mapuches representaban un estadio primitivo de la evolución cultural, equivalente a aquel de los antiguos iberos que habían migrado de las Hespérides a América. Las semejanzas de muchas instituciones y costumbres cívicas entre los mapuches y los antiguos hebreos, griegos y romanos solo servían para confirmar su origen en el Viejo Mundo, mientras que su indomable amor por su patria y su libertad, su bravura y habilidades guerreras, eran de indudable origen ibero (*Historia* vol. 1, 15). No podía ser una sorpresa, entonces, insistía Rosales, que esta rama del pueblo ibero se hubiese asentado y florecido precisamente en Chile y no en otros lugares de América (con la posible excepción del Brasil). La tierra, de hecho, había probado ser tan benéfica para la natural disposición de sus cuerpos como la de la patria española: “En todos

los Reynos y Provincias de las Indias no ay Reyno ni Provincia que más de lleno se parezca a España que Chile, en su estremado temperamento y abundante fertilidad de la tierra” (vol. 1, 188). Usando una serie de tropos que ya había utilizado Ovalle, Rosales enumeró todas las características que hacían de Chile una copia feliz de España, y quizás la superaban: el clima temperado; los refrescantes vientos que soplaban desde la cordillera; los inviernos moderados; la extrema fertilidad del suelo, que multiplicaba casi sin esfuerzo todo lo que en él se plantara; e incluso (en un pasaje que parece copiado de Ovalle), la ausencia de tormentas eléctricas, pulgas y piojos (Rosales, *Historia* vol. 1, 188, 189, 191-192, 199-200; Ovalle 2-5, 8). Tal como Ovalle, Rosales describió a Chile como “una de las provincias más opulentas de oro que se han descubierto en la América” (vol. 1, 209). La naturaleza chilena era tan beneficiosa, que “generalmente gozan en todo el Reyno de Chile, assí los hombres como los animales, de maravillosa salud y robustez, y la muerte viniera más tarda si los vicios y desorden de la vida no la apresuraran” (vol. 1, 189). Los beneficios de la naturaleza chilena eran gozados por indígenas y españoles: “Y los indios donde no alcanza el afán de la guerra y las importunas cargas y tareas de los Españoles, viven sanísimos y mueren mui viejos y encubren mucho los años, porque quando llega a encanecer un indio es ya viejissimo” (vol. 1, 189). Tanto para indios como para españoles, Chile era el lugar ideal para residir, el lugar donde la naturaleza les permitía a sus cuerpos alcanzar su máximo potencial.

La naturaleza, geografía y el clima de Chile aparecían así en la descripción de Rosales como ideales para sacar lo mejor de sus habitantes. La ferocidad y valentía mapuches, siendo como creía Rosales, descendientes de los antiguos iberos, era prueba incontrovertible de que los europeos no sufrían ningún efecto adverso ni en sus cuerpos ni en su disposición moral cuando nacían en esta tierra. Muy por el contrario, la naturaleza chilena era pródiga con cuanto sus cuerpos necesitaban. Incluso si las largas y fructíferas vidas a que estos cuerpos ibero-americanos estaban destinados eran truncadas por la guerra y las enfermedades, Chile, como Rosales bien había probado en su libro, podía presumir de “las muchas yerbas que produce este fertilísimo Reyno de Chile, en que se abentaxa a otros muchos, aptísimas todas y eficaces para conservar la vida y restaurar la salud quebrada” (vol. 1, 231). Los habitantes de Chile, “no avían menester [...] en esta tierra boticas ni medicinas, porque en las yerbas, si las conocieran, tenían todo quanto pudieran desear” (vol. 1, 231). Incluso la cordillera de los Andes, comparados a la cual los Alpes, los Pirineos o los Apeninos parecían niños, podía leerse como un monumental testimonio de la grandeza del reino y de sus habitantes, en particular los criollos, al compararse a estos “gigantes de soberbia grandeza” (vol. 1, 196). “No ai duda”, concluía Rosales, “sino que tierra que produce montes gigantes, com lo son sus cordilleras; hombres agigantados, como se ven azia el Estrecho, y indios tan gigantes en el valor y en los hechos, criará mucho mejor criollos españoles, gigantes también en la valentía y en el valor y en el ingenio” (vol. 1, 195).

4. CONCLUSIÓN

La intención polémica de Rosales es clara: aspira a defender a los criollos chilenos y a los mapuches de la injuriosa valoración que de ellos hace De la Puente, “indigna de varón tan sabio” (vol. 1, 194). Frente a los argumentos con que De la Puente denigra a los americanos, Rosales opone que en Chile “ai tan ilustres sugetos eclesiásticos y seglares que pueden competir con los mayores de Europa. Grande catálogo se pudirera hazer, que deho por no ser prolijo, que bien pudiera traer por exemplares de los criollos de Chile” (vol. 1, 195). Pero la mejor refutación es la tierra misma de Chile, “sus calidades y fertilidad”, las que se adecuan a los cuerpos de sus habitantes, permitiéndoles una vida larga y productiva, es decir, justamente lo contrario a lo defendido por Juan de la Puente.

En su defensa de la naturaleza americana y de los criollos, Rosales anticipa muchos de los argumentos que los jesuitas utilizarían un siglo después en su polémica contra De Paw y Buffon. En efecto, aunque los argumentos de los filósofos europeos cambiaron (De Paw, por ejemplo, culpaba a la humedad americana, producto de su menor edad geológica, y no a las constelaciones, como De la Puente), lo que se mantiene constante es la mirada eurocéntrica, mirada donde ya se advierten los gérmenes del futuro racismo pseudocientífico europeo. Frente a este racismo, cuando los jesuitas expulsos en Italia tomaron la pluma para defender a sus patrias de los filósofos de salón, volvieron su mirada sobre el trabajo de sus correligionarios durante el siglo XVII, entre ellos, Rosales y su refutación de De la Puente. Así, por ejemplo, en su *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile* de 1788 (la traducción española de su *Saggio sulla storia naturale del Chili*, publicado en 1782), escrito para refutar los argumentos de De Paw (1788: xv), insiste en que la fertilidad de la naturaleza y la calidad del aire en Chile le permiten a los cuerpos españoles y criollos alcanzar su máximo potencial. Aunque Molina no repite la teoría de Rosales sobre el origen ibero de los mapuches, sí comenta, como Rosales, que en Chile cualquier persona que no lleve una vida disoluta puede esperar una vida larga y productiva (377). Los indígenas eran para él un ejemplo de los beneficios con que la naturaleza chilena había bendecido a sus habitantes. Como insistía Rosales, los mapuches que vivían en los valles y la costa eran tan altos como los europeos, más robustos y fuertes, y se mostraban infatigables una vez que se decidían a trabajar (Molina 1788: 382). Pero quizás su dependencia de los argumentos de Rosales no sea más clara que en su discusión de la materia médica chilena. Aunque Molina dice haber identificado más de 3.000 plantas en sus excursiones por Chile, información que perdió tras la requisa de sus papeles antes del exilio, las plantas que describe en su texto son casi las mismas tratadas por Rosales casi un siglo antes. Las descripciones de Molina son más detalladas que las de su antecesor, y no depende tanto de la evidencia anecdotal para afirmar sus propiedades médicas. Pero, aunque estén escritas en el lenguaje cientificista de

la Ilustración, esta lista de plantas revela el mismo origen misionero de los capítulos botánicos de Rosales.

Es en el uso que Molina hizo de Rosales y su historia donde podemos ver que las continuidades entre la ciencia barroca jesuita practicada en las misiones en el sur de Chile y los textos que publicaron sus descendientes ilustrados durante su exilio europeo a fines del XVIII y principios del XIX, eran más profundas y directas de lo que aparece en una primera lectura. El afán polemista de Rosales, quien usó la farmacopea, la hipótesis sobre el origen ibero de los mapuches, y la descripción de la naturaleza y sus efectos en los cuerpos criollos e indígenas como argumentos para desmontar la percepción racista de De la Puente, lo sitúan como un antecesor inmediato de los polemistas como el Abate Molina, que tomaron parte en la Disputa sobre el Nuevo Mundo. Es en este sentido que Rosales (y los otros misioneros jesuitas de quienes depende para la recopilación de información) pueden verse como precursores de la conciencia protonacionalista criolla que desembocará, en último término, en las revoluciones de independencia del siglo XIX.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, José. 1590. *Historia natural y moral de las Indias*. José Alcina Franch (ed.). Madrid: Dastin, 2002.
- Adorno, Rolena. *The Polemics of Possession in Spanish American Narrative*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2007.
- Ashworth Jr., William. "Catholicism and Early Modern Science." *God and Nature. Historical Essays on the Encounter Between Christianity and Science*. David Lindberg y Ronald Numbers, eds. Berkeley, Los Angeles y Londres: University of California Press, 1986. 136-166.
- Brading, David A. *The first America: the Spanish monarchy, Creole patriots, and the liberal state, 1492-1867*. Cambridge (UK), New York: Cambridge University Press, 1991.
- Bynum, Carolyn W. (1997). "Wonder." *The American Historical Review* 102.1 (1997): 1-26.
- Cañizares-Esguerra, Jorge. *Nature, Empire, and Nation. Explorations of the History of Science in the Iberian World*. Stanford: Stanford University Press, 2006.
- . *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*. Stanford: Stanford University Press, 2001.
- Citarella, Luca (ed.). *Medicinas y culturas en la Araucanía*. 2ª ed. Santiago: Editorial Sudamericana, 2000.
- Daston, Lorraine y Katherine Parks. *Wonders and the Order of Nature*. New York: Zone Books, 2001.

- Fernández de Oviedo, Gonzalo. 1542. [1959]). *Historia general y natural de las Indias*. Juan Pérez de Tudela (ed.). Madrid: BAE, 1959. 117-121.
- Findlen, Paula. (1994). *Possessing Nature. Museums, Collecting, and Scientific Culture in Early Modern Italy*. Berkeley, Los Angeles y Londres: University of California Press, 1994.
- Fischer, María Luisa. “Para leer la historia eclesiástica: El caso de la *Histórica relación del reino de Chile* (1646) del Padre Alonso de Ovalle”. *Taller de Letras* 31 (2002): 33-43.
- Gerbi, Antonello. *The Dispute of the New World. The History of a Polemic, 1750-1900*. Jeremy Moyle, trad. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1973.
- Greenblatt, Stephen. *Marvelous Possessions: The Wonder of the New World*. Chicago: University of Chicago Press, 1991.
- Gumucio, Juan Carlos. *Hierarchy, Utility and Metaphor in Mapuche Botany*. Uppsala: Acta Universalis Upsaliensis, 1999.
- Molina, Juan Ignacio. *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*. Trad. Domingo de Arquellada. Madrid: Antonio de Sancha, 1782.
- Murillo Velarde, Pedro. *Geographía histórica*. 10 vols. Madrid: Agustín de Gordejuela y Sierra, 1752.
- Ovalle, Alonso de. *Histórica relación del Reyno de Chile*. Roma: Francisco Cavallo, 1646.
- Prieto, Andrés I. “Jesuit Tradition and the Rise of South American Nationalism”. *Jesuit Survival and Restoration. A Global History, 1773-1900*. Robert Maryks y Jonathan Wright (eds.). *Studies in the History of Christian Traditions*, vol. 178. Leiden y Boston: Brill, 2014. 383-398.
- . *Missionary Scientists: Jesuit Science in Spanish South America, 1570-1810*. Nashville, TN: Vanderbilt University Press, 2011.
- . “Maravillas, monstruos y portentos: La naturaleza chilena en la *Histórica relación del Reyno de Chile* de Alonso de Ovalle” *Taller de Letras* 47 (2010): 9-27.
- . “From the Devil’s Herb to Saint Thomas’ Gift: The Christianization of *Guaraní* Sacred Plants in the Jesuit Reductions in Paraguay.” *Medieval and Early Modern Devotional Objects in a Global Perspective. Translation of the Sacred*, Elizabeth Robertson y Jennifer Jahner, eds. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2010. 211-228.
- Puente, Juan de la. *Tomo primero de la conveniencia de las dos monarquias católicas, la de la iglesia romana y la del imperio español, y defensa de la precedencia de los Reyes Católicos de España a todos los reyes del mundo*. Madrid: Imprenta Real, 1612.
- Rosales, Diego. *Historia general del reino de Chile, Flandes indiano*. 1673. Benjamín Vicuña Mackenna (ed.). 3 vols. Valparaíso: Imprenta de El Mercurio, 1877-78.
- . “Carta al Procurador General Alonso de Villalona”. 1658. Archivo Nacional, Fondo Jesuitas, vol. 93, folios 94-95v.